



## Fines de semana

**S**e ha ido extendiendo esa costumbre importada de darle aires nuevos al final de la semana. De un modo tan especial e imperante que, las ciudades, por muy reducidas que sean, aparecen los sábados y domingos como pequeñas células vivenciales, donde de modo único y general, quedan aquellos que con sabio reposo saben que van a poder gozar de los atractivos indudables de su lugar de residencia. Y esta nueva manera de sumirse en otra vorágine distinta a la los días laborables, tiene, como es lógico y natural, toda una gama de inconvenientes, -amén de riesgos inútiles-, que hace ir subiendo de manera sorprendente la escala de las individualidades y la ausencia de ese importante gregarismo que precisa, -además de modo imperante-, la familia en cuanto concierne a célula fundamental de la sociedad.

Especialmente, todos aquellos que residen en grandes ciudades, vuelcan las horas de sus cuentas imaginarias, en desear que llegue el viernes a mediodía, para que, con lo más preciso y necesario, con lo que se ha ido preparando con fruición de libertad necesaria, escapar... ¡donde sea!. Para desentenderse de ese tráfigo de vivencias frenéticas que han ido recibiendo durante la semana, entre las idas, el trabajo y la vuelta a la casa, a soportar los ruidos constantes de la urbe, y encenagar su mente con el mimetismo constante e irrelevante de las caras de la pantalla tonta. Sociológicamente, es un fenómeno que produce verdadero interés digno de estudio; así como las consecuencias que se derivan de los efectos posteriores, una vez regresados de esa salida por el camino de asfalto para, sobre todo y por todo, olvidarse de que existe la urbe. Ese lugar donde el trabajo se ha establecido de forma irracionalmente agotadora por aquello de la jornada continuada, y posteriormente los irracionales tráfigos impresionantes e impenitentes de la circulación vial; amén de los transportes urbanos, que como es natural y lógico, ya no poseen aquella puntual exactitud de llegadas y salidas de otros tiempos.

He tenido que ir a una gran ciudad hace unos días, y me he encontrado esa verdadera e insospechada concentración vertiginosa de vehículos automóviles, que salían como de estampida de la ciudad, como si fuese a caer sobre la misma un diluvio de inconveniencias y disparates. La cara de los conductores, aferrados al volante como el que posee un tesoro entre las manos, hablaban por sí solas de esa ansiedad de perder

durante unas horas el cielo, el ambiente, que durante el resto de los días está tapándolos de manera constante e inerte en cuanto a su deambular por las calles y plazas. Y llevaban marcado en sus caras como un estigma liberador, como si unas cadenas con grilletes, las hubieran quitado de sus pies y manos; llevaban en sus caras un gesto de triunfo de independencia absoluta, un rictus de posesión total de un tiempo que debían haber ansiado con total y estruendosa algarabía de sentimientos. ¡Se iban de fin de semana!. Pero, ¿qué fin, que remate, que tiempo?. Estoy hablando de un viernes por la tarde, sobre las cinco; Creo que es obvio el comentario, puesto que entre la ida y la venida, solo quedarán una horas para acometer, quizá, otro hueco de algarabías entre atascos y esperas al regreso el domingo por

la tarde. Solo les puede quedar el recuerdo de haber estado sometidos a la hipotensión de espera en la carretera, en el camino de regreso, en sustitución de hipertensión de la prisa constante y vertiginosamente de locura, de la ciudad.

Los fines de semana de otros tiempos ya lejanos, se dedicaban al ocio razonado, a esos paseos por el campo que permitían oír el canto o trino de los pájaros, a oler a primavera en su total esplendor, a mirar al cielo y serenamente soñar con el

dulce y armonioso azul del mismo, a pisar tranquila, serena y sosegadamente el dulzor de aquella verde hierba, la grama. O quizá, sentarse tranquilamente en algún café a comentar y deshilar temas de la actualidad con algunos amigos. Mas tarde, ver una película de cine en cualquiera de las salas que hubiere, para ir terminando entre el final de una tarde con el regusto de la paz armonizada.

La gran urbe que visité, estaba increíblemente vacía. Solo algún que otro automóvil, taxis o particulares, pero sorprendentemente pocas personas disfrutando del sol y el aire, de una paz francamente bonita, de un estamento donde se podía gozar de la tranquilidad que necesariamente se precisa. ¿Dónde estaban los moradores de aquella?. Me imagino que eran todos aquellos que me encontré el día anterior. Los fines de semana se han convertido en ese trueque de lugares, en esa sin razonada lujuria de hacer kilómetros hacia otros puntos también plagados de gentes; como una especie de falsa panacea, que suele crear, aparte de los innumerables y tristes accidentes de circulación, tensiones nerviosas que matan el goce y el disfrute de la naturaleza en su esplendor primaveral.

**La gran urbe que visité estaba increíblemente vacía. Sólo algún que otro automóvil, taxis o particulares, pero sorprendentemente pocas personas disfrutando del sol y el aire**



Martín  
Giménez  
Vecina